

Vauro Senesi

Kualid, el niño
que no sabía soñar

Traducción de Manuel Manzano



Título de la edición original: *Kualid che non riusciva a sognare*

Primera edición en esta colección: abril, 2009

© Vauro Senesi, 2007

Edición original de Piemme Edizioni, Casale Monferrato (Italia)

© de la traducción, Manuel Manzano, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

Publicado por acuerdo con Il Caduceo srl Literary Agency
(www.ilcaduceo.it) y Antonia Kerrigan Agencia Literaria

Printed in Spain

Depósito legal: B-11464-2009

Impreso y encuadernado en PRINTER

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

*A las madres y a los hijos.
A mi madre Inés, a mis hijos Fiaba y Rosso*

Todo negro.

Un negro tan denso que le parecía poder tocarlo.

Kualid acababa de abrir los ojos, a veces se despertaba en plena noche.

No estaba seguro de haberlos abierto en realidad, quizás aún estuviera durmiendo y tenía los párpados cerrados, de ahí que hubiese tanta oscuridad. Sacó un brazo por debajo de la manta áspera, y se restregó los ojos hasta que sintió que empezaban a dolerle. No, se había despertado y tenía los párpados abiertos. Los abrió aún más, mucho más, y durante un rato dejó de parpadear, tanto que los ojos empezaron a arderle. Después, poco a poco, consiguió capturar con la mirada una fina veta de claridad, tenue y móvil. Venía del fondo de la habitación, de la rendija de la entrada. La puerta no era más que una vieja tela de paño grueso, de rayas grises y azules. De vez en cuando un soplo de aire, fuera, conseguía moverla, dejando entrar aquella delgada veta que se alargaba y se acortaba

con el movimiento de la tela. Apenas un poquito de claridad, poco más que el reflejo de que aquella noche no debía de haber luna o, si había, las nubes la habrían cubierto. Otras noches, cuando Kualid se desvelaba, la tela de la entrada proyectaba una verdadera hoja de luz, limpia, no la veta centelleante que veía ahora. Hubiera querido que luciera la luna y que la noche fuera clara. Entonces no habría necesidad de frotarse los ojos o de mantenerlos muy abiertos para tener la seguridad de que estaba despierto. El haz de luz llegó a la tetera, sobre el hornillo, en la habitación, y la sombra de su pico curvado se proyectaba, aumentada, en la pared. A Kualid le parecía una serpiente con la boca abierta. Incluso le había dado un nombre a aquella serpiente: Asmar.

Asmar era su amiga, la serpiente de las noches de luna. Cuando la veía en la pared, Kualid sabía que podía salir a mirar Kabul desde lo alto. Si era invierno se envolvía bien en sus dos mantas y, lentamente, sin hacer ruido, apartaba la tela de la entrada y salía. Se sentaba sobre una gran piedra y empezaba a lanzar piedrecitas hacia la ciudad, que se extendía abajo, en la cuenca, rodeada de montañas. La nieve de los montes parecía capturar la luz de la luna para después dejarla descender por el valle, sobre las casas, sobre las ruinas. En contraste, se alcanzaban a ver las filas de agujeros negros de las ventanas de los edificios que construyeron los *shurawi*, los rusos. Eran los edificios más grandes de la ciudad, grandes paralelepípedos grises uno al lado del otro; algunos habían sido destrozados por los bombardeos, pero otros todavía se mantenían en pie. Aquí y allá, unos pocos puntos de temblorosa luz amari-

lla llegaban desde los cuarteles de los talibanes; en el silencio de la noche se podía oír el zumbido lejano de los generadores eléctricos de gasolina. El resto de la ciudad estaba alumbrado solo por la luna y por los reflejos de la nieve. Le daban un color uniforme, roto únicamente por alguna zona de sombra, de un gris lechoso pero brillante, muy diferente del rojizo opaco del polvo, color que dominaba durante el día.

Kualid sólo volvía a casa cuando ya tenía el brazo entumecido a fuerza de lanzar piedras y los párpados pesados debido al sueño; estaba seguro de que soñaría algo en cuanto se tumbara en la esterilla. Casi nunca recordaba los sueños y eso le disgustaba, porque su primo Said le tomaba el pelo:

—No es verdad que no te acuerdes de los sueños, es que eres tan tonto que no tienes. No eres capaz de soñar —le decía. Después empezaba a contar historias de reyes y de guerreros de afilados sables que siempre terminaban por degollarlo precisamente a él, a Kualid, o de fieras feroces que inevitablemente lo devoraban—. Mira —continuaba Said—, te presto mis sueños, ¿te gustan? —Y se echaba a reír, haciendo el gesto de pasarse el pulgar por el cuello mientras sacaba la lengua. Qué cretino era Said, se creía que le daba miedo, pero Kualid no tenía miedo de nada ni de nadie.

Solo que ese asunto de no recordar los sueños le fastidiaba. Le fastidiaba tanto que, aunque nunca lo admitiría, estaría dispuesto a pedirle prestados sus sueños a Said. Algunas veces, por la noche, antes de dormirse, intentaba recordar aquellas historias insulsas para ver si conseguía

soñarlas. Pero por la mañana, al despertarse, no encontraba huella alguna.

Aquella noche, en todo caso, la serpiente de las noches de luna no se proyectaba en la pared, y no invitaba a Kualid a salir. Fuera, seguramente, el cielo era tan oscuro como la habitación. No tenía miedo de la oscuridad, pero el sueño no quería volver a cerrarle los ojos, y no sabía qué hacer.

Para distraerse, empezó a escarbar con la uña el agujero en la pared de barro seco, reduciendo al polvo los pequeños trozos, deshaciéndolos entre el pulgar y el índice. Lo hacía tan a menudo que el agujero ya era bastante profundo: podía convertirse en la madriguera oculta de Asmar, la serpiente de las noches de luna, o al menos podría refugiarse cuando no hubiera luna, pensó Kualid. Después dejó de escarbar el agujero en la pared y decidió quedarse tumbado e inmóvil, con los ojos abiertos en la oscuridad. Quizás así llegara el sueño. La mirada hacia el techo cortó la triste línea de luz, y todo volvió a ser negro.

Así que podías tener los ojos bien abiertos y no ver nada, o sólo verlo todo negro. Se lo había planteado unos días antes, cuando vio a un talibán muerto.

Kualid iba de camino al bazar; el abuelo le había dado monedas, nada más para comprar cuatro mandarinas. Había llegado un *pick-up* a gran velocidad, levantando una nube de polvo en la calle de tierra, y se había detenido de golpe frente a un cuartel militar rodeado por un muro y cerrado por una cancela de hierro. Justo a su lado. De la trasera saltaron cinco guerrilleros con el turbante negro blancuzco por el polvo, *kalaschnikov* y cartucheras de pro-

yectiles de artillería pesada sujetas como cinturones sobre los chaquetones de camuflaje. Habían bajado la puerta de la trasera del *pick-up* mientras uno de ellos abría, entre crujidos, la cancela de hierro. Luego descendió de la cabina otro militar. Tenía una pistola *makarov* metida en un viejo cinturón ruso con una hebilla de bronce que brillaba, y la hoz y el martillo grabadas sobre la estrella.

—Dejad a ese pobre de ahí dentro, cabrones —había gritado con voz ronca—, ocupémonos ahora de Fhami. —Acto seguido, los guerrilleros corrieron a la cabina y sacaron a un hombre.

—Despacio —gritó el militar de la pistola en el cinturón.

El hombre tenía los brazos abiertos, apoyados en los hombros de los dos guerrilleros que lo sostenían por las caderas. Por detrás, otro lo aguantaba por la cintura, como para guiarle. Conseguía caminar, aunque, de vez en cuando, se le doblaban las piernas, como si las rodillas cedieran. Llevaba la cabeza vendada y las gasas, que también le cubrían parte del rostro, estaban empapadas en sangre. Sólo la boca quedaba libre. La tenía semiabierta y, junto a un hilo de baba rojiza, emergía un lamento débil, intermitente, que cesaba de golpe para empezar un instante después, como un estribillo.

El grupo desapareció en el cuartel dejando el *pick-up* con la trasera abierta, y entonces Kualid se había acercado para curiosear. Allí, tendido sobre la batea, estaba el talibán muerto.

Tenía el cuerpo vuelto en la dirección opuesta a la de Kualid, así que lo veía del revés.

La parte inferior del busto se había reducido a un empasto de tejido quemado y carne sanguinolenta, el oscuro amasijo continuaba hasta donde habrían tenido que encontrarse las piernas, y donde en cambio sólo colgaban vacías unas deshilachadas perneras. Los brazos estaban colocados a lo largo de los costados, con las palmas de las manos hacia abajo. El talibán no llevaba turbante, lo habría perdido en la explosión que lo había matado, o después, durante el transporte. Los tupidos cabellos y la barba parecían rubios, quizá porque estaban llenos de polvo fino y blanquecino. Sobre el rostro sólo alguna manchita oscura, rastros de sangre ya coagulada.

La boca entrecerrada dejaba entrever los dientes. Pero Kualid se fijó en los ojos. Rodeados por una línea negra de *kajal*, estaban abiertos, de un verde intenso ya velado de opacidad. Parecían mirar hacia algo en la lejanía, o a algo cerquísima, inmóviles y atentos, como si aquello que fuera pudiera huir con un movimiento rápido, de un momento a otro. Kualid intentó interceptar con la propia mirada el recorrido de la del muerto, seguirla para ver qué había en el fondo, pero se perdía enseguida, sobre el perfil abrupto de las ruinas de un muro, en el gris impreciso del cielo.

Entonces, quizás, aquello no estaba fuera, sino dentro de los ojos del muerto, pensó Kualid. Para eso, para ver dentro de los ojos de aquel hombre, se había izado con los brazos sobre la trasera y había acercado la cara a la del talibán tendido. Pero justo en aquel momento notó que lo agarraban por detrás y tiraban de él con violencia.

—¿Qué haces, mocoso? ¿Buscas algo que robar de los

bolsillos de este hermano caído por Alá? ¿Eso es lo que quieres, sucio ladrón?

El miliciano que lo había agarrado era grande, con la barba y los cabellos negros como el turbante que le envolvía la cabeza. Lo sacudía manteniéndolo agarrado por la camisa con una sola mano, mientras que con la otra lo amenazaba con darle una bofetada, que sin embargo no llegaba.

El miliciano seguía gritándole cosas que Kualid, asustado y confuso, no conseguía oír; sólo veía una boca abrirse y cerrarse entre los tupidos pelos de la barba. Se fijó en que le faltaba un diente, justo delante, un agujero negro del que de vez en cuando salían bolitas de saliva. Y le entraron ganas de reír, intentó reprimirse, pero las risas le salieron incontenibles del pecho, risas sincopadas de espasmos continuos, que cesaron de repente.

Ahora el soldado lo miraba con expresión hosca, pero también perpleja.

—¿Te ríes? Entonces es que eres un necio, sólo un pobre necio... ¡Lárgate antes de que te retuerza el pescuezo!

Pasó una fracción de segundo desde que Kualid se dio cuenta de que el miliciano había soltado la presa hasta que se vio volar por los aires por la patada que este le había asestado. Aterrizó bruscamente entre el cemento desmenuzado de la acera y la calle agujereada. Notó una quemazón en la rodilla, que sin embargo no le impidió levantarse de golpe y escapar a la carrera.